

## CINCUENTA AÑOS DEL INICIO DE RECONCILIACIÓN ENTRE ROMA Y CONSTANTINOPLA

Cincuenta años atrás nacía la revista *Diálogo Ecuménico*, fruto, sin duda alguna, de unos hechos de altísimo significado ecuménico ocurridos poco antes y cuyo cincuentenario hemos conmemorado recientemente. Me refiero al encuentro y al abrazo en Jerusalén entre el papa Pablo VI y el patriarca ecuménico Atenágoras I, en 1964, y al levantamiento de las excomuniones, en 1965. Es seguramente una buena ocasión para recordar aquellos hechos que dieron inicio al camino de reconciliación entre Roma y Constantinopla. Es precisamente esa anámnesis lo que pretenden estas páginas.

En el acto conclusivo de la segunda sesión del Concilio Vaticano II, el 4 de diciembre de 1963, el papa Pablo VI, al terminar de leer su discurso de clausura, y frenando los aplausos, con voz fuerte, en la que la emoción se mezclaba con la firmeza, pronunció estas palabras:

Estamos tan firmemente convencidos que para el buen éxito del concilio hay que multiplicar las súplicas y las buenas obras, que hemos decidido, después de madura reflexión y de muchas oraciones, ir Nós mismo, como peregrino, al país que fue el de nuestro Señor Jesucristo. Efectivamente, queremos, con la ayuda de Dios, ir a Palestina, el próximo mes de enero, con el fin de meditar sobre el terreno, en los lugares santos donde Cristo nació, vivió, murió, resucitó, subió al cielo, los principales misterios de nuestra salvación: la Encarnación y la Redención. Visitaremos esa tierra venerable de donde salió san Pedro, donde ninguno de sus sucesores volvió jamás. Vol-

veremos allí, humildemente y durante un tiempo muy breve, con un espíritu de oración, de penitencia y de renovación espiritual, para ofrecer a Cristo su Iglesia; a fin de llamar a esta Iglesia una y santa a los hermanos que están separados de ella; para implorar la misericordia divina a favor de la paz que hoy parece todavía tan débil y vacilante; para suplicar a Cristo Señor por la salvación del linaje humano<sup>1</sup>.

La idea de ir a Tierra Santa, según Maccarrone, ya estuvo presente en el ánimo del papa desde los primeros días de su pontificado, parece que durante su estancia estiva en Castelgandolfo (había sido elegido en junio de 1963) y madurada en la reflexión y la oración. El 21 de septiembre escribió unos apuntes para su Secretario de Estado, en los que esbozaba dicho viaje, que –son sus palabras– tenía que ser «corto, con carácter de simplicidad, de piedad, de penitencia y de caridad». Un viaje preparado de incógnito por dos estrechos colaboradores suyos. Finalmente, el 4 (5) de diciembre hacía público el anuncio de su peregrinación.

En las palabras de Pablo VI hay dos puntos destacables. El primero: que anuncia su deseo de peregrinar a Jerusalén. Como constata él mismo: «Visitaremos esa tierra venerable, de donde salió san Pedro, donde ninguno de sus sucesores volvió jamás». Por extraño que pueda parecer, esta era la realidad y, por lo mismo, su gesto innovador adquiriría una importancia muy grande<sup>2</sup>. Esta era la finalidad primordial del proyectado viaje.

Un segundo aspecto tiene un carácter ecuménico: «Volveremos allí –dice– con un espíritu de oración, de penitencia y de renovación espiritual, para ofrecer a Cristo su Iglesia; a fin de llamar a esta Iglesia una y santa a los hermanos que están separados de ella». De hecho en Tierra Santa conviven cristianos de las diversas Iglesias orientales. Cabe notar que el lenguaje usado por el papa es todavía el de antes del Concilio: se trata de llamar a la Iglesia católica a los «hermanos separados». El anuncio y la intención de la peregrinación no

1 Este episodio y este texto aparecen en el libro de M. MACCARRONE, *Il pellegrinaggio di Paolo VI in Terra Santa, 4-6 gennaio 1964*, Città del Vaticano 1964, p. 5.

2 También era la primera vez que un papa, como tal, viajaba en avión.

era todavía lo que realmente sería y significaría el encuentro en Jerusalén. Todo esto ocurría en Roma el 4 de diciembre.

En Estambul, el patriarca ecuménico Atenágoras I, al tener noticia de ello, manifestó inmediatamente la idea y el deseo de encontrarse con Pablo VI en Jerusalén. Así lo manifestaría él mismo después, en Jerusalén, en un diálogo espontáneo y afectuoso en la sede de la delegación pontificia, que los micrófonos grabaron casualmente. El patriarca dijo al papa: «Cuando supe por los periódicos que Usted había decidido visitar este país, me vino inmediatamente la idea de expresar el deseo de encontrarlo aquí, y estaba seguro que obtendría la respuesta positiva de Vuestra Santidad, porque tengo confianza en Vuestra Santidad».

El patriarca ecuménico Atenágoras, como dijo él mismo, se enteró por la prensa de la intención del papa de visitar Tierra Santa, intención que calificó como inspirada por Dios. El 6 de diciembre, festividad de San Nicolás, el patriarcado ecuménico emitía un comunicado, en el boletín oficial *Φῶς Φαναρίου*, en el cual se decía: «El patriarca ecuménico ha hecho notar que sería verdaderamente una obra de la Providencia si durante esta piadosa peregrinación todas las cabezas de las Iglesias de Oriente y de Occidente pudieran encontrarse en la ciudad santa de Sión para pedir, con una ferviente súplica común, el camino para el restablecimiento pleno de la unidad cristiana, según la santa voluntad del Señor». Esta proposición tan atrevida no era todavía factible en aquellos tiempos.

Se ha hecho notar que la primera reacción que hubo en Roma a la posibilidad de un encuentro con el patriarca Atenágoras no fue favorable, porque se pensaba que todo estaba ya a punto para la peregrinación y no cabía modificar el objetivo del viaje. La idea, sin embargo, fue finalmente acogida, sin duda por iniciativa del cardenal Bea y del Secretariado para la Unión de los Cristianos. El 10 de diciembre (los hechos se sucedían velozmente) el P. Duprey, subsecretario del Secretariado para la Unión de los Cristianos, fue enviado al Fanar para informar oficialmente al patriarca del viaje del papa a Tierra Santa. El 28 de diciembre el patriarca Atenágoras enviaba una delegación a Roma, que fue recibida por el papa, y allí se establecieron las modalidades del protocolo, firmado por Mons. Dell'Acqua, de la Secretaría de Estado, y

el metropolitano Atenágoras de Tiatira. Este protocolo preveía –cosa insólita en la tradición romana– que el papa visitara después personalmente al patriarca.

El 4 de enero de 1964 el papa Pablo VI llegaba a Jerusalén, donde, después de celebrar en el Santo Sepulcro, se alojó en la sede de la delegación apostólica, donde recibió en primer lugar la visita del patriarca ortodoxo de Jerusalén, S. S. Venédiktos. Al día siguiente, 5 de enero, después de visitar a las autoridades israelianas y de peregrinar a Nazaret y a Galilea, el papa recibió, en la sede de la delegación pontificia, la visita del patriarca ecuménico Atenágoras I, que había llegado aquel mismo día, procedente de Rodos. El abrazo entre Pablo VI y Atenágoras es ya bien conocido y permanece viva en la memoria de todos los que vivimos aquel evento. Pero hay otro hecho que había quedado desconocido y que he mencionado más arriba: el breve diálogo que mantuvieron el papa y el patriarca y que unos micrófonos no cerrados recogieron. Curiosamente, este diálogo no ha sido conocido y difundido hasta hace relativamente pocos años; había sido publicado en el original francés en 1979, en italiano en 2012, y finalmente apareció en el *Osservatore romano* el 4 de enero de 2014. He aquí unos extractos del mismo<sup>3</sup>:

*Pablo VI:* Quiero expresarle toda mi alegría, toda mi emoción. Realmente pienso que este es un momento que vivimos en presencia de Dios.

*Atenágoras:* En presencia de Dios. Lo repito, en presencia de Dios.

*Pablo VI:* Y yo no tengo otro pensamiento, mientras hablo con Vd., que el de hablar de Dios.

*Atenágoras:* Estoy profundamente conmovido, Santidad. Me vienen las lágrimas a los ojos.

*Pablo VI:* Ya que éste es un verdadero momento de Dios, hemos de vivirlo con toda la intensidad, con toda la verdad, con todo el deseo...

*Atenágoras:* ... de ir adelante...

*Pablo VI:* ... de hacer avanzar los caminos de Dios.

[...]

<sup>3</sup> Lo publiqué entero, en catalán y en castellano, en el semanario *Catalunya Cristiana* del 25 de mayo de 2014.

*Atenágoras:* Cuando supe por los periódicos que Vd. había decidido visitar este país, me vino inmediatamente la idea de expresar el deseo de encontrarnos aquí, y estaba seguro de que habría tenido la respuesta de Su Santidad...

*Pablo VI:* ... positiva...

[...]

*Atenágoras:* ... positiva, porque tengo confianza en Su Santidad. Le veo. Le veo, sin adularle, en los Hechos de los Apóstoles. Le veo en las cartas de san Pablo de quien lleva usted el nombre. Le veo aquí, sí, le veo...

*Pablo VI:* Le hablo como a un hermano: sepa que yo tengo la misma confianza en usted.

*Atenágoras:* Pienso que la Providencia ha escogido a Su Santidad para abrir el camino de su...

*Pablo VI:* La Providencia nos ha escogido para entendernos.

[...]

*Atenágoras:* Se nos ha hecho el don de este gran momento; por esto nosotros permaneceremos juntos. Caminaremos juntos. Que Dios ... Vuestra Santidad, enviado de Dios ... el papa del gran corazón. ¿Sabéis cómo os llamo? ¡O *megalocardos*, el papa del gran corazón!

[...]

*Pablo VI:* Ninguna cuestión de prestigio, de primado, que no sea aquel ... establecido por Cristo. Pero nada absolutamente que trate de honores, de privilegios. Miremos lo que Cristo nos pide y que cada uno adopte su posición; pero sin ninguna ambición humana de prevalecer, de tener gloria, ventajas. Pero sí de servir ...

*Atenágoras:* ¡Cómo os amo en el fondo del corazón!

*Pablo VI:* ... pero sí servir.

Otro detalle. A la pregunta de los periodistas de porqué había ido a Jerusalén, el patriarca Atenágoras respondió: «Para dar los buenos días a mi amado hermano el papa. ¡Hace quinientos años que no nos hablábamos!» Ciertamente, el último encuentro entre un papa y un patriarca de Constantinopla tuvo lugar durante el concilio de Florencia, en 1493, entre el papa Eugenio IV y el patriarca José II, que asistió personalmente al concilio y que murió allí (está enterrado en la basílica de Santa Maria Novella).

Después del abrazo y de las alocuciones, el papa regaló al patriarca un cáliz, como signo del deseo, expresado por el patriarca y rubricado por el papa, de poder llegar a la celebración común de la eucaristía. El acto terminó con el rezo del Padrenuestro, en griego y en latín. Al día siguiente, 6 de enero, el papa fue a la sede del patriarcado ortodoxo de Jerusalén para devolver la visita al patriarca Atenágoras. Éste ofreció al papa la cruz de oro del milenario del Monte Athos (ocurrido el año anterior, 1963) y un *engólpion* (el pectoral de los obispos orientales), y se leyó el capítulo 17 del evangelio de san Juan, en griego y en latín, y nuevamente el Padrenuestro, también en griego y en latín. El documento fruto de este encuentro decía, entre otras cosas:

Al término de su encuentro en Jerusalén, el Santo Padre Pablo VI y el Patriarca Ecuménico Atenágoras I, *con el acuerdo de su Santo Sínodo*<sup>4</sup>, han reconocido juntos el gran significado de este acontecimiento y han dado gracias a Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ha guiado sus pasos hacia Tierra Santa, en la que nuestro común Redentor, Cristo nuestro Señor, vivió, enseñó, murió, subió al cielo y envió al Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente. Este encuentro debe considerarse como un gesto fraternal inspirado por la caridad de Cristo, que dejó a sus discípulos el mandamiento supremo de amarse los unos a los otros, de perdonar las ofensas hasta setenta veces siete y de estar unidos entre ellos.

Los dos peregrinos, con los ojos puestos en Cristo, autor, con el Padre, de la unidad y de la paz, ruegan a Dios que este encuentro sea signo y preludio de las cosas por venir, para gloria de Dios e iluminación de su pueblo fiel. Después de tantos siglos de silencio, se han encontrado ahora con el deseo de realizar la voluntad de Dios y de proclamar la verdad de su Evangelio confiado a su Iglesia.

Estos sentimientos comunes son manifestados a todos los miembros de las respectivas jerarquías y a todos los fieles para que participen en ellos y eleven nuevas plegarias a Dios para que resplandezca más y más a los ojos de todos los cristianos

4 Cabe notar que el patriarca habla siempre junto con su Santo Sínodo, de acuerdo con el ejercicio colegial del gobierno eclesiástico en la Iglesia ortodoxa.

la verdad de la única Iglesia de Cristo y de su Evangelio, luz y salvación del mundo<sup>5</sup>.

Cabe notar que, en noviembre de este mismo año 1964, el Concilio Vaticano II publicaba el Decreto *Unitatis redintegratio*, sobre el ecumenismo. El marco ambiental en el que aparecía era muy adecuado.

El encuentro en Jerusalén entre Pablo VI y Atenágoras fue un auténtico revulsivo, rompió el hielo secular entre Roma y Constantinopla. El primer fruto y la primera consecuencia de este abrazo fue el levantamiento simbólico de las excomuniones que se lanzaron mutuamente los representantes de ambas Iglesias –el cardenal Humberto de Silva Cándida y el patriarca Miguel Cerulario–, el año 1054, origen del Gran Cisma<sup>6</sup>. Este acto tuvo lugar el 7 de diciembre de 1965, con una declaración común, leída en el Concilio Vaticano por Mons. Willebrands, y en la catedral de San Jorge, sede del patriarcado ecuménico, en el Fanar, por el secretario del Santo Sínodo. He aquí algunos pasajes de dicho documento:

El papa Pablo VI y el patriarca Atenágoras I *con su sínodo*, seguros de expresar el deseo común de justicia y el sentimiento unánime de caridad de sus fieles, [...] declaran, de común acuerdo: a) lamentar las palabras ofensivas, los reproches sin fundamento y los gestos condenables que, por una y otra parte, marcaron o acompañaron los tristes acontecimientos de esta época; b) lamentar igualmente y borrar de la memoria y del medio de la Iglesia las sentencias de excomunión que les siguieron, y cuyo recuerdo actúa hasta nuestros días como un obstáculo para la aproximación en la caridad y condenarlos al olvido; c) deplorar, finalmente, los enojosos precedentes y los acontecimientos posteriores que, bajo la influencia de diversos factores, entre ellos la incomprensión y la desconfianza mutuas,

5 Tomo la traducción española del libro de A. GONZÁLEZ MONTES (ed.), *Enchiridion Oecumenicum*, I (Bibliotheca Salmanticensis 12), Salamanca 1986, p. 494.

6 Según la terminología ortodoxa. No me parece correcta la denominación tradicional de «Cisma de Oriente», que, de hecho, quiere indicar la separación de Oriente respecto de Occidente, cosa que no es correcta, ya que fue una separación mutua. Ni significa un cisma interno dentro de la Iglesia oriental, como en cambio sí lo significa el término «Cisma de Occidente», ya que realmente se trata de un cisma interno dentro de la Iglesia católica romana, con dos, e incluso tres, papas.

han conducido finalmente a la ruptura efectiva de la comunidad eclesial<sup>7</sup>.

La iniciativa para un acto de reconciliación había partido de la parte ortodoxa. Empezó con la visita a Roma del metropolitano Melitón, quien ofrecía al papa un icono que representaba el abrazo entre san Pedro y san Andrés, icono que fue entronizado en la sede del Secretariado para la Unión de los cristianos. Se creó una comisión mixta católico-ortodoxa que llevó a cabo el estudio de los hechos concretos de 1054, del sentido exacto de las mutuas excomuniones y de los términos con que había que redactar el texto sobre el levantamiento de dichas excomuniones. Éstos quedaron finalmente en: «lamentar», «deplorar» y «borrar de la memoria», según la versión castellana. Inicialmente, según diferentes testimonios, Pablo VI confesaba que no había considerado la posibilidad de una revocación de la excomunión de 1054, porque pensaba que ya había sido abrogada en el Concilio de Florencia. La última redacción del texto fue presentada al patriarca Atenágoras para su aprobación, pero el patriarca dijo: «Para mí basta que el Santo Padre lo decida, que el Santo Padre lo desee, no quiero saber más».

Dos años más tarde se producía un nuevo gesto, insólito hasta aquel momento, que posteriormente ha tenido continuidad. En julio de 1967 el papa Pablo VI iba a Estambul a rendir visita al patriarca Atenágoras, el cual, a su vez, en octubre de aquel mismo año, iba a Roma para devolver la visita a Pablo VI. Desde entonces, cada año, una delegación del patriarcado ecuménico va a Roma en ocasión de la fiesta de los santos Pedro y Pablo (29 de junio) y una delegación papal va a Constantinopla para la fiesta de san Andrés (30 de noviembre).

Entre todos estos eventos hay un gesto conmovedor de Pablo VI: el 14 de diciembre de 1975, el papa celebraba la misa en la Capilla Sixtina para conmemorar el décimo aniversario del levantamiento de las excomuniones, en presencia del metropolitano Melitón de Calcedonia, enviado por el patriarca Demetrio I. Antes de la misa el papa había dicho discretamente a su secretario: «Qualquier cosa que yo haga,

7 *Enchiridion Oecumenicum*, I, p. 499.



no intente impedirlo, sino ayúdeme». Terminada la celebración, Pablo VI se acercó al metropolitano, se arrodilló frente a él y le besó los pies. Comentando este gesto sin precedentes en la historia de la Iglesia, el patriarca Demetrio afirmaba después: «Con esta manifestación, el venerable y amadísimo hermano nuestro, el papa de Roma, Pablo VI, se ha superado a sí mismo y ha mostrado a la Iglesia y al mundo lo que es y puede ser el venerable obispo cristiano y especialmente el primer obispo de la cristiandad: una fuerza de reconciliación y de unificación de las Iglesias y del mundo».

El gesto de Pablo VI es importante, sobre todo si tenemos presente que, según la práctica de la Iglesia de Roma, era al papa a quien había que besar los pies, y es lo que se le exigía al patriarca José II al llegar a Venecia, en 1438, para asistir al concilio de Ferrara, gesto que el patriarca rehusó.

En este mismo año 1975 una delegación del patriarcado de Constantinopla fue a Roma a comunicar al papa Pablo VI, en nombre del patriarca ecuménico, el siguiente texto: «*Por un acuerdo sinodal*, hemos tomado la decisión de pasar del diálogo de la caridad a la preparación –siempre en la caridad– del diálogo teológico». Esto coincidía con los trabajos que estaba preparando una comisión romana. Así, en 1979, el papa Juan Pablo II y el patriarca Demetrio I podían anunciar la creación de la Comisión Mixta Internacional católico-ortodoxa de teólogos, la cual, como es sabido, ha celebrado progresivamente diversas sesiones (la penúltima, la XIII, en 2014, en Ammán, Jordania)<sup>8</sup>.

Del papa Juan Pablo II hay que destacar un hecho que quizá no tuvo la resonancia que merecía: en mayo de 2001, en un viaje a Atenas, la primera de un papa a Grecia –un viaje no exento de dificultades por parte del pueblo griego–, Juan Pablo II, cosa realmente insólita, pidió perdón por los hechos de 1204, cuando los miembros de la IV Cruzada, en lugar de ir a Tierra Santa a liberar el Santo Sepulcro, se dirigieron a Constantinopla, la saquearon, entronizaron un emperador y un patriarca latinos, situación que duraría hasta la recon-

8 No es el lugar aquí de repasar toda la labor de la Comisión Mixta Internacional.

quista bizantina en 1261<sup>9</sup>. Para los ortodoxos estos hechos han sido vistos siempre –y lo son en realidad– como una de las causas más importantes de división y de cisma.

Un año antes de este viaje hubo un par de hechos concaadenados que parecía que podían echar por la borda todo lo que se había ganado. El 6 de agosto del año 2000 la Congregación para la Doctrina de la Fe publicaba, con la firma del cardenal Ratzinger, la Declaración *Dominus Iesus*, que contenía el célebre término *subsistit in* del Vaticano II. Pero si la Constitución Dogmática *Lumen gentium* decía: «Esta Iglesia (la Iglesia fundada por Cristo) [...] *subsistit in Ecclesia Catholica*, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él», la *Dominus Iesus* explicitaba que «La Iglesia de Cristo, a pesar de las divisiones entre los cristianos, sigue existiendo (*subsistit*) plenamente sólo en la Iglesia católica»<sup>10</sup>.

Pero antes de este documento, el 30 de junio, la misma Congregación publicaba una *Nota sobre la expresión «Iglesias hermanas»*, que fue presentada con una carta del mismo cardenal Ratzinger, divulgada en soporte informático por la Oficina de prensa del Vaticano y no publicada en las *Acta Apostolicae Sedis*<sup>11</sup>. Es curioso que en esta carta el mismo Ratzinger dice, sobre la *Nota*: «Las indicaciones que allí se dan han de ser consideradas vinculantes, aunque dicha *Nota* no haya sido publicada oficialmente en las *Acta Apostolicae Sedis*, a causa de su finalidad, que es la de precisar el uso correcto de una terminología técnica».

El documento empieza repasando el origen de la expresión y las ocasiones en que ha sido empleada. En épocas recientes, el primero en usar la expresión «Iglesias hermanas» fue el patriarca Atenágoras. El Vaticano II usa dicha expresión, en el Decreto *Unitatis redintegratio*, para calificar la relación fraterna entre las Iglesias particulares. El primer documento pontificio en que aparece el término es en el Breve *Anno inneunte*, dirigido por Pablo VI al patriarca

9 El título de patriarca latino figuraba todavía, hasta el año 1947, en el *Anuario Pontificio*, con el nombre de la persona que lo ostentaba; en 1950 figuraba el título, pero vacante; en el de 1967, finalmente, desapareció definitivamente el título de patriarca latino de Constantinopla.

10 Tomo la traducción española del *Osservatore Romano*.

11 Pero sí publicada en el *Osservatore romano*.

Atenágoras en su visita al Fanar: «Ahora, después de un largo período de disensiones y de incomprendiones mutuas, por don de Dios, *nuestras Iglesias* se reconocen nuevamente como *hermanas*, a pesar de las dificultades nacidas entre nosotros en los tiempos pasados». La misma *Nota* recuerda también unas palabras de Juan Pablo II en la encíclica *Ut unum sint*: «Después del Concilio Vaticano II, y con referencia a aquella tradición, se ha restablecido el uso de llamar *Iglesias hermanas* a las Iglesias particulares o locales congregadas entorno al obispo. El término *Iglesias hermanas* debería acompañarnos incesantemente en el camino hacia la plena comunión. La supresión, además, de las excomuniones recíprocas, quitando un doloroso obstáculo de orden canónico y psicológico, ha sido un paso muy significativo hacia la plena comunión. [...] El término tradicional de *Iglesias hermanas* debería acompañarnos incesantemente en este camino»<sup>12</sup>. Sin embargo, según la *Nota*,

en sentido propio, *Iglesias hermanas* lo son exclusivamente las Iglesias particulares (o las agrupaciones de Iglesias particulares, por ejemplo, los patriarcados entre ellos y la provincias eclesiásticas entre ellas). Ha de quedar siempre claro, incluso cuando la expresión *Iglesias hermanas* se usa en este sentido propio, que la Iglesia universal, una, santa, católica y apostólica, no es hermana sino madre de todas la Iglesias particulares<sup>13</sup>. [...] No se puede decir propiamente que la Iglesia católica sea *hermana* de una Iglesia particular o de un grupo de Iglesias. [...] En consecuencia, hay que evitar el uso de fórmulas tales como «*nuestras Iglesias*», porque son fuente de malentendidos y de confusión teológica. Insinúan, si son aplicadas a la Iglesia católica y al conjunto de la Iglesia ortodoxa (o a una Iglesia ortodoxa en particular), una pluralidad no sólo a nivel de las Iglesias par-

12 Versión castellana de la Políglota Vaticana, que tomo del libro de ediciones San Pablo, Madrid 1995, pp. 70-71.

13 En este documento, por «Iglesia universal, una, santa, católica y apostólica» se entiende, de acuerdo con todo el contexto, la Iglesia católica, la cual, sin embargo, no es «madre de todas las Iglesias», título que sólo corresponde a Jerusalén, a Sión, como reza la antigua anáfora de Santiago. Roma es madre de diversas Iglesias particulares de Occidente, por haberlas evangelizado (como también, por ejemplo, Constantinopla es madre de la Iglesia eslava nacida en Kíev), pero no puede ser madre de las Iglesias de Oriente, ya que es precisamente desde Oriente que el evangelio se difundió en Occidente.

ticulares, sino al de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, proclamada en el Credo.

Hay que decir que, simultáneamente con estos documentos, el Santo Sínodo del patriarcado de Moscú publicaba, en agosto de 2000, un documento sobre los principios básicos de la actitud de la Iglesia ortodoxa rusa hacia las otras confesiones cristianas, donde se dice que «La Iglesia ortodoxa es la verdadera Iglesia de Cristo, fundada por nuestro Señor y Salvador, la Iglesia confirmada y sostenida por el Espíritu Santo, la Iglesia de la que el mismo Salvador ha dicho: “Edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Mt 16,18)”<sup>14</sup>. Lenguaje, pues, semejante por uno y otro lado.

Cuando, el 30 de noviembre de 2006, el papa Benedicto XVI fue a visitar al patriarca Bartolomé I con motivo de la fiesta de san Andrés, en sus palabras aparece en diversas ocasiones la expresión *Iglesias hermanas*, la expresión que él mismo, como cardenal Ratzinger, había declarado impropias: «Nuestro encuentro fraterno subraya la relación especial que une a las Iglesias de Roma y de Constantinopla como a *Iglesias hermanas*.» – «Mi presencia aquí va destinada a renovar el compromiso común de continuar el camino hacia el restablecimiento de la plena comunión entre la Iglesia de Roma y la Iglesia de Constantinopla».

¿Cómo hay que entender estas expresiones –Iglesias hermanas de Roma y de Constantinopla– en boca del papa Ratzinger? Se trata de dos Iglesias particulares, que es cuando, según la *Nota*, se podría hablar de Iglesias hermanas? En este caso se trataría de la Iglesia local de Roma, la diócesis romana, con el arzobispado de Constantinopla. Evidentemente, no es este el caso. ¿Se trata del encuentro del patriarca de Occidente (título actualmente eliminado...) con el patriarca de Constantinopla, el primero, pero uno de los patriarcas de la Iglesia Ortodoxa (como cuando el papa visitó, por ejemplo, al patriarca de Rumanía, un patriarca particular de la Iglesia ortodoxa)? Es así cómo, de hecho, querría verlo la Iglesia rusa, que ha insistido a menudo en la autocefalía de los diversos patriarcados. ¿O se trata de la relación entre

14 Traducción castellana de este documento en *DE* 36 (2001) 123-140.

la cabeza de la Iglesia católica y quien, honoríficamente, en cuanto *primus inter pares*, representa toda la Iglesia ortodoxa? Aquí, la Iglesia rusa se opone, ya que el patriarca de Constantinopla no es una especie de papa de la Ortodoxia.

Pienso que éste tendría que ser precisamente el sentido de las expresiones mencionadas. Se trata ciertamente del encuentro entre el jefe real de la Iglesia católica romana y el jefe, aunque sea honorífico, el representante máximo de la entera Iglesia ortodoxa (el cual, por su parte, actuará siempre sinodalmente). Se trata, pues, de dos expresiones de la única Iglesia de Cristo, de dos *Iglesias hermanas*, aunque desavenidas, de la única Iglesia de Cristo. La célebre *Nota* habla de «la Iglesia una, santa, católica y apostólica proclamada en el Credo», pero ésta no es la Iglesia católica romana, sino la Iglesia cuerpo de Cristo, la cual no tiene *Iglesias hermanas*, sino que es una. Son interesantes unas palabras de Juan Pablo II, en una visita al Pontificio Instituto Oriental de Roma: «Es una estupidez decir que la Iglesia está dividida. La Iglesia no puede estar dividida, es una e indivisible [...]. Las diversas formas que presenta la única Iglesia de Cristo se pueden decir y son realmente hermanas, aunque estén separadas entre ellas». Tal vez no esté falto de significación el hecho que, todavía en el siglo XV, en el Concilio de Florencia, no se habla de «católicos» y «ortodoxos», sino de «latinos» y «griegos»<sup>15</sup>. En el fondo, tal vez se tenía todavía el sentimiento de pertenecer todos, aunque divididos, a una misma Iglesia.

En las palabras pronunciadas en Constantinopla, Benedicto XVI superó, pues, afortunadamente al cardenal Ratzinger. Y quizá también al Ratzinger profesor, que había dicho: «Por lo que se refiere a la doctrina del primado, Roma no ha de exigir de Oriente más que lo que se había formulado y vivido durante el primer milenio». Estas palabras fueron calificadas como la «fórmula Ratzinger», aunque cabe notar que la expresión «exigir de Oriente» no facilita el hablar de *Iglesias hermanas*. El documento de Rávena de la Comisión Mixta Internacional (2007) se refiere también explícitamente al primer milenio, pero sin que se hable de *exigir*.

15 Cf. V. PERI, «Le vocabulaire des relations entre les Églises d'Occident et d'Orient jusqu'au XVIe siècle», *Irénikon* 65 (1992) 194-199.

En 2013 el patriarca de Constantinopla Bartolomé I estuvo presente –primera vez que esto sucedía– en la entronización del nuevo papa Francisco y fue él quien en la audiencia del 20 de marzo, pronunció la alocución en nombre de las diversas Iglesias y de otras religiones. El patriarca decía que había decidido estar presente en Roma porque el papa, al dirigirse al mundo en su elección, se había presentado como obispo de Roma, la que preside todas las Iglesias en la caridad. En su respuesta, el papa agradeció las palabras «de su hermano Andrés».

Bartolomé se encontró todavía un par de veces más en privado con el papa Francisco. Y, como especifica él mismo en una entrevista con un periodista<sup>16</sup>, hablaron de la conservación de la creación (un tema que Bartolomé lleva en el corazón), del diálogo ecuménico, con el compromiso de hacer progresar el diálogo teológico, etc. A la pregunta del periodista de cómo veía al papa, Bartolomé dijo: «Me ha impresionado mucho, de veras. Es un pastor, un buen pastor, que la Iglesia católica necesita». Pero el patriarca hizo todavía al papa una invitación y una proposición. Le invitó a ir a la sede del patriarcado, al Fanar, Estambul (cuando fuera posible) y le propuso encontrarse juntos en Jerusalén, el año 2014, para conmemorar el quinquagésimo aniversario del abrazo entre Pablo VI y Atenágoras. Esta proposición, acogida rápidamente por el papa, se convertiría en realidad en los días 24 y 25 de mayo de 2014.

Antes, sin embargo, todavía en 2013, encontramos una nota discordante, y no precisamente entre las dos partes que se emplazaban para este encuentro. En diciembre de 2013 el patriarcado de Moscú publicaba un extenso documento sobre el problema del primado en la Iglesia universal, un documento aprobado por el Santo Sínodo (reunido los días 25 y 26 de diciembre)<sup>17</sup> y adoptado como «guía en el diálogo ortodoxo-católico». De hecho, este documento era una respuesta al documento de la Comisión Mixta Internacional católico-ortodoxa de teólogos en su X sesión general, celebrada el

16 Entrevista publicada en el boletín de la archidiócesis ortodoxa de Italia y Malta (21 de marzo de 2013).

17 Hay que tener presente que la Iglesia rusa sigue el calendario juliano, según el cual la fiesta de Navidad cae en el 6 de enero (gregoriano).

año 2007 en Rávena, respuesta o réplica que seguía el mismo esquema de los tres niveles de la conciliaridad y la autoridad, a saber: local (diócesis), regional (Iglesia autocéfala) y universal (toda la Ortodoxia)<sup>18</sup>. El documento ruso insiste en la plena igualdad entre los patriarcas ortodoxos, aunque el de Constantinopla sea un *primus inter pares*, y afirma un primado exclusivamente honorífico, cualidad que tiene una base meramente humana e histórica.

El documento del patriarcado ruso recibió pronto, en enero de 2014, una respuesta por parte precisamente ortodoxa del metropolitano de Prusa (actualmente Bursa, Turquía), Elpidoforos Lambriniadis, respuesta que fue incluida en la página web del patriarcado de Constantinopla. El metropolitano termina su texto diciendo que el patriarca de Constantinopla, en cuanto arzobispo, es el primero entre iguales (πρώτος μεταξύ ίσων), pero como arzobispo de Constantinopla y, en consecuencia, como patriarca ecuménico, es el «primero sin iguales» (πρώτος δίχως ίσων)<sup>19</sup>. Este escrito del metropolitano Elpidoforos era criticado, en una conferencia en Friburgo de Suiza, el 14 de marzo, por el metropolitano Hilarión de Volokolamsk (Alféyev), director del Departamento de Relaciones Exteriores del patriarcado de Moscú, quien decía que la doctrina del metropolitano Elpidoforos se apoyaba en la aproximación ecle-siológica del conocido metropolitano de Pérgamo Iannis Zizioulas y reafirmaba el documento del Santo Sínodo<sup>20</sup>. También

18 El texto ruso se puede ver πύλη en el *Jurnal Moskovskogo Patriarkhata*, núm. 157, diciembre de 2013. Traducción castellana en *DE* 49 (2014) 129-138. La delegación del patriarcado de Moscú abandonó, ya al inicio, la sesión de Rávena, por el hecho de que, por parte del patriarcado de Constantinopla había un representante de la Iglesia ortodoxa de Estonia, que, después de la disolución de la Unión Soviética, el patriarca de Constantinopla había restablecido bajo su jurisdicción. Moscú llegó a romper la comunión con el patriarcado ecuménico. Pero ya en la IX sesión plenaria, en Belgrado (2006), había habido problemas con la delegación rusa.

19 El texto original se puede ver en la publicación online Αμεν.gr. Πύλη Εκκλησιαστικών Ιδρύσεων, 8 de enero de 2014; traducción castellana en *DE* 49 (2014) 139-146.

20 El patriarcado de Moscú ha mantenido siempre hasta hoy un cierto distanciamiento respecto del patriarcado ecuménico y no ha dejado de subrayar el carácter independiente de las Iglesias autocéfalas y la función puramente de honor, no de jurisdicción, del patriarcado de

hubo algunas reacciones por parte de sectores conservadores de la Iglesia griega, especialmente el metropolitano del Pireo, Serafín, quien difundía un documento con el título: *Ἰησοῦς Χριστός, ὁ μοναδικός primus inter pares* ('Jesucristo, el único *primus sine paribus*')<sup>21</sup>.

Con todo ello, la proposición de un encuentro entre el papa Francisco y el patriarca Bartolomé en Jerusalén se hizo realidad el 24 y 25 de 2014. La tarde del domingo 25, en la delegación apostólica en Jerusalén, Francisco y Bartolomé se fundían nuevamente en un abrazo, y proclamaban una declaración conjunta:

Como nuestros venerables predecesores, el papa Pablo VI y el patriarca ecuménico Atenágoras, que se encontraron aquí en Jerusalén hace cincuenta años, también nosotros, el papa Francisco y el patriarca ecuménico Bartolomé, hemos querido reunirnos en Tierra Santa «donde nuestro común Redentor, Cristo nuestro Señor, vivió, enseñó, murió, resucitó y ascendió a los cielos, desde donde envió el Espíritu Santo sobre la Iglesia naciente»<sup>22</sup>. Nuestra reunión –un nuevo encuentro de los obispos de las Iglesias de Roma y Constantinopla fundadas a su vez por dos hermanos, los apóstoles Pedro y Andrés– es fuente de profunda alegría espiritual para nosotros. Representa una ocasión providencial para reflexionar sobre la profundidad y la

Constantinopla. Otra cuestión en litigio es el problema de Ucrania, donde desde la disolución de la Unión Soviética se restauró la Iglesia ortodoxa ucraniana, con la creación del patriarcado de Kíev, mientras que la Iglesia ortodoxa mayoritaria en Ucrania pertenece a la Iglesia rusa y, por ende, al patriarcado de Moscú, el cual acusa a algunos jerarcas de Constantinopla de mantener contactos con dicha Iglesia. Recientemente, las disensiones entre Moscú y Constantinopla aparecieron en ocasión del Santo y Grande Concilio de la Iglesia ortodoxa (Creta 2016), al cual no asistió el patriarcado de Moscú, a cuya causa se debió que no se trataran ciertos puntos, entre ellos el de los Dípticos, es decir, del orden jerárquico de las diversas Iglesias, ya que Moscú, como lo había pretendido en el siglo XVI, quería ocupar el segundo lugar, inmediatamente después de Constantinopla y antes de los otros antiguos patriarcados (Alejandría, Antioquía y Jerusalén). Entre Moscú y Roma existe la célebre cuestión de la Iglesia ucraniana greco-católica, mal llamada «uniata», problema que el patriarcado de Moscú saca siempre a colación y que, en palabras del metropolitano Hilarión, es «una herida sangrante».

21 Texto difundido por la agencia Ρομφαία.

22 Palabras del comunicado emitido por Pablo VI y Atenágoras en 1964.



autenticidad de nuestros vínculos, fruto de un camino lleno de gracia por el que el Señor nos ha llevado desde aquel día bendito de hace cincuenta años<sup>23</sup>.

A lo largo de la declaración ambos peregrinos citan otros temas, además del diálogo ecuménico, en los que hay que trabajar juntos: la defensa de la dignidad humana, la familia, el hambre, la pobreza, la injusta distribución de los recursos, el analfabetismo, la salvaguarda del don de la creación, etc. Y todavía: «Desde esta ciudad santa de Jerusalén expresamos nuestra común preocupación profunda por la situación de los cristianos en el Próximo Oriente y por su derecho a continuar siendo ciudadanos de pleno derecho en sus patrias».

En la celebración ecuménica que tuvo lugar en la basílica del santo Sepulcro el papa Francisco dijo, entre otras cosas:

En esta Basílica, a la que todo cristiano mira con profunda veneración, llega a su culmen la peregrinación que estoy realizando junto con mi amado hermano en Cristo, Su Santidad Bartolomé. Peregrinamos siguiendo las huellas de nuestros predecesores, el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras, que, con audacia y docilidad al Espíritu Santo, hicieron posible, hace cincuenta años, en la Ciudad santa de Jerusalén, el encuentro histórico entre el obispo de Roma y el patriarca de Constantinopla. [...] Detengámonos con devoto recogimiento ante el sepulcro vacío, para redescubrir la grandeza de nuestra vocación cristiana: somos hombres y mujeres de resurrección, no de muerte. Aprendamos, en este lugar, a vivir nuestra vida, los afanes de la Iglesia y del mundo entero a la luz de la mañana de Pascua. [...] Ciertamente, no podemos negar las divisiones que todavía hay entre nosotros, discípulos de Jesús: este lugar sagrado nos hace sentir con mayor dolor el drama. Y, sin embargo, cincuenta años después del abrazo de aquellos dos venerables Padres, hemos de reconocer con gratitud y renovado estupor que ha sido posible, por impulso del Espíritu Santo, dar pasos realmente importantes hacia la unidad. [...] Debemos pensar que, igual que fue movida la piedra del sepulcro, así pueden ser removidos todos los obstáculos que impiden aún la plena comunión entre nosotros. Será una gracia de resurrección, que ya hoy podemos pregonar. Siempre que nos pedimos perdón los unos a los otros por los pecados cometidos en relación con otros cristianos y tenemos el valor de conceder y de recibir este

23 DE 49 (2014) 123.

perdón, experimentamos la resurrección. Siempre que, superados los antiguos prejuicios, nos atrevemos a promover nuevas relaciones fraternas, confesamos que Cristo ha resucitado verdaderamente. Siempre que pensamos el futuro de la Iglesia a partir de su vocación a la unidad, brilla la luz de la mañana de Pascua<sup>24</sup>.

De las palabras del patriarca de Constantinopla destaco el siguiente párrafo:

Esta Tumba sagrada nos invita a *vencer* un miedo que es quizás el más extendido en nuestra época moderna: el miedo al otro, el miedo a lo diferente, el miedo al que sigue otro credo, otra religión u otra confesión. La discriminación racial o de cualquier otro tipo está todavía generalizada en muchas de nuestras sociedades contemporáneas; y lo peor es que frecuentemente incluso impregna la vida religiosa de los pueblos. [...] El mensaje de la tumba vivificante es urgente y claro: amor al otro, al diferente, a los seguidores de otros credos y de otras confesiones. Amarlos como a hermanos y hermanas. El odio lleva a la muerte mientras que el amor «expulsa el temor» (1 Jn 4, 18) y conduce a la vida.

Hace 50 años que dos grandes líderes, el papa Pablo VI y el patriarca Ecuménico Atenágoras, expulsaron el miedo; se liberaron del miedo que había prevalecido durante un milenio, un miedo que había mantenido las dos antiguas Iglesias, de Occidente y de Oriente, lejos una de otra, a veces incluso enfrentadas la una a la otra. Encontrándose en este lugar sagrado, cambiaron miedo por amor. Como sucesores suyos, siguiendo sus huellas y conmemorando su heroica iniciativa, aquí nos encontramos con Su Santidad el papa Francisco. Hemos intercambiado un abrazo de amor, si bien nuestro camino hacia la plena comunión en el amor y en la verdad (*Ef* 4, 15) continúa, «para que el mundo crea» (*Jn* 17, 21) que no hay otro camino para la vida sino el camino del amor, la reconciliación, la paz auténtica y la fidelidad a la Verdad<sup>25</sup>.

Como corolario al encuentro en Jerusalén, y llevando a cabo la invitación que el patriarca Bartolomé le había hecho con ocasión de su entronización, el papa Francisco rendía visita al patriarca en Estambul para celebrar la fiesta del apóstol san Andrés, patrono del patriarcado de Constantino-

24 Traducción del Vaticano.

25 Texto original y traducción castellana en la página del patriarcado ecuménico <[www.apostolicpilgrimage.org](http://www.apostolicpilgrimage.org)>.

pla. El sábado 29, en la misa celebrada por el papa en la catedral católica del Espíritu Santo, a la cual –detalle muy significativo– asistió el patriarca, el papa dijo, entre otras cosas:

El Espíritu Santo suscita los diferentes carismas en la Iglesia; en apariencia, esto parece crear desorden, pero en realidad, bajo su guía, es una inmensa riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad. Sólo el Espíritu Santo puede suscitar la diversidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, producir la unidad. Cuando somos nosotros quienes deseamos crear la diversidad, y nos encerramos en nuestros particularismos y exclusivismos, provocamos la división; y cuando queremos hacer la unidad según nuestros planes humanos, terminamos implantando la uniformidad y la homogeneidad. Por el contrario, si nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca crean conflicto, porque él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia<sup>26</sup>.

Aquella misma tarde del sábado 29 el papa asistía a las vísperas de San Andrés en la catedral de San Jorge del patriarcado de Constantinopla. De la breve alocución del papa son significativas estas palabras:

¡Qué gracia tan grande, Santidad, poder ser hermanos en la esperanza del Señor resucitado! ¡Qué gracia –y qué responsabilidad!– poder caminar juntos en esta esperanza, sostenidos por la intercesión de los santos hermanos, los apóstoles Andrés y Pedro! Y saber que esta esperanza común no defrauda, porque no se funda en nosotros y en nuestras pobres fuerzas, sino en la fidelidad de Dios<sup>27</sup>.

Y fue en esta ocasión y en este acto que se produjo aquel gesto, cuya foto ha quedado ya fijada en tantos reportajes y, sobre todo, en la mente de los cristianos: el papa se acerca al patriarca, se inclina apoyando su cabeza sobre el pecho del patriarca Bartolomé y le pide: «Benedicidme, Santidad, a mi y a la Iglesia de Roma», mientras el patriarca le besa la cabeza. Un gesto que recuerda aquél de Pablo VI besando los pies del metropolitano Melitón.

Al día siguiente, 30, festividad de san Andrés, el papa asistía a la Divina Liturgia en la catedral patriarcal de San

26 Traducción de Aciprensa.

27 *Ibid.*

Jorge. De las palabras pronunciadas por el papa en esta ocasión<sup>28</sup> cabe destacar el siguiente párrafo:

Encontrarnos, mirar el rostro el uno del otro, intercambiar el abrazo de paz, orar unos por otros, son dimensiones esenciales de ese camino hacia el restablecimiento de la plena comunión a la que tendemos. Todo esto precede y acompaña constantemente esa otra dimensión esencial de dicho camino, que es el diálogo teológico. Un verdadero diálogo es siempre un encuentro entre personas con un nombre, un rostro, una historia, y no sólo un intercambio de ideas. [...] Lo único que la Iglesia católica desea, y que yo busco como obispo de Roma, «la Iglesia que preside en la caridad», es la comunión con las Iglesias ortodoxas.

El patriarca Bartolomé, en su alocución, entre otras cosas, hizo un elogio del papa Francisco:

Santidad, en el todavía breve recorrido a la cabeza de vuestra Iglesia os habéis mostrado ya en la conciencia de nuestros contemporáneos como predicador del amor, de la paz y de la reconciliación. Predicáis con vuestras palabras, pero sobretudo y principalmente con vuestra simplicidad, humanidad y amor hacia todos, con los cuales ejercitáis vuestro alto ministerio. Inspiráis confianza a los desconfiados, esperanza a los desesperados, expectación en aquellos que esperan una Iglesia afectuosa para todos<sup>29</sup>.

Cerraba el encuentro constantinopolitano una declaración común del papa Francisco y del patriarca ecuménico Bartolomé, en la cual, además de expresar «el deseo de seguir caminando juntos, con el fin de superar, en el amor y en la verdad, los obstáculos que nos dividen», expresaban su preocupación por los cristianos del Medio Oriente y exhortaban a un contacto fraterno con los musulmanes y con las otras religiones<sup>30</sup>.

La conmemoración, en 2014, del cincuentenario del abrazo de Jerusalén y de los gestos subsiguientes, tenía su corolario el 7 de diciembre de 2015 en la conmemoración del cincuentenario del levantamiento de las mutuas excomuni-

28 Traducción castellana en *DE* 49 (2014) 155-158.

29 Ver el texto íntegro *ibid.*, pp. 150-154.

30 *Ibid.*, pp. 147-149.

nes entre el legado del papa León IX,<sup>31</sup> Humberto de Silva Cándida, y el patriarca Miguel Cerulario. Cincuenta años de unos hechos, ciertamente inspirados por el cielo, que rompieron barreras e iniciaron un camino, seguramente largo y difícil, pero sin retorno.

DR. SEBASTIÀ JANERAS  
*Barcelona*

### SUMARIO

El acreditado orientalista de Barcelona S. Janeras nos ofrece un balance e interpretación de lo que tuvo inicio a mediados del siglo XX denominado como «diálogo de la caridad» entre las sedes de Roma y Constantinopla; es decir, la relación fraterna entre las grandes figuras de los papas Juan XXIII y Pablo VI con Atenágoras I. Ello fue la causa de que en Jerusalén tuviera lugar el abrazo de Atenágoras con Pablo VI, que ponía fin a un milenio de incomunicación entre Oriente y Occidente, y que al final del Concilio Vaticano II se levantase la mutua excomunión entre estas dos sedes, pendiente desde el año 1054. El autor pasa revista a los acontecimientos que dieron inicio en el siglo pasado al gran cambio de las relaciones entre ortodoxos y católicos.

**PALABRAS CLAVE:** Pablo VI, Atenágoras I, relaciones ortodoxos-católicos, levantamiento mutua excomunión, diálogo de la caridad.

### SUMMARY

The accredited Orientalist from Barcelona, S. Janeras, presents an evaluation and interpretation of what was initiated in the middle of the XX century, between the See of Rome and the See of Constantinople referred to as «charity dialogue». This process made possible the embrace between Atenágoras and Paul VI in Jerusalem. It ended a millennium of silence between East and West Christianity; and at the end of Vatican II, the lift-

31 En Roma, en esa ocasión, el metropolitano Melitón, con un gesto simbólico, depositaba nueve rosas (nueve siglos de separación) en la tumba del papa León IX.

ing of mutual excommunication, standing from the year 1054. The author reviews the events initiated in the last century which gave rise to the great change in relationships between Orthodox Christians and Catholics.

KEYWORDS: Paul VI, Atenágoras I, Orthodox-Catholic relations, lifting mutual excommunication, charity dialogue.